

el del Perú es el que menos merece nuestra admiración.

No es fácil comprender el carácter ni toda la influencia de un sistema social tan contrario al de nuestra república libre, en la que todo hombre, por baja que sea su condición, puede aspirar á los primeros puestos del estado, elegir su carrera y labrar su fortuna á su modo; en que la luz del saber, en vez de concentrarse sobre unos pocos escogidos, se difunde como la luz del día, é ilumina igualmente á los pobres y á los ricos; en donde el choque de unos hombres con otros despierta una generosa emulación, saca á luz talentos ocultos, y hace que pongan en ejercicios todas sus facultades; en donde la conciencia de su libertad produce una confianza en sí mismo desconocida de los tímidos vasallos del despotismo; en donde, por decirlo de una vez, el gobierno se ha hecho para el hombre, y no como en el Perú en donde el hombre parecía hecho para el gobierno. El Nuevo-Mundo es el teatro en que se ha ensayado la práctica de estos dos sistemas políticos, de tan opuesto carácter. El imperio de los Incas ha pasado sin dejar rastro de sí; la otra experiencia sigue todavía su marcha: ella ha de resolver el problema tanto tiempo disputado en el Viejo Mundo, de la capacidad de los hombres para gobernarse; y ¡ay de la humanidad si se malogra!

El testimonio de los Conquistadores Españoles no está de acuerdo sobre la influencia favorable que las leyes del Perú ejercían en el carácter del pueblo. Dicen que la bebida y el baile eran los placeres que amaban con exceso. A semejanza de los siervos y esclavos de otras naciones, cuya condición les impedía entregarse á ocupaciones más serias y más nobles, tuvieron que sustituirlas con otras distracciones frívolas ó sensuales. Uno, cuya pluma no es muy favorable á los Indios, pero que los vió en tiempo de la Conquista, los califica con los epítetos de holgazanes disolutos, é incontinentes.<sup>38</sup> El espíritu de independencia, sin duda que no podía ser muy vivo en un pueblo que no tenía arraigo alguno ni derechos personales que defender, y la facilidad con que cedieron á los invasores, (aun teniendo en consideración su inferioridad respectiva,) indica una falta lamentable de aquel sentimiento de patriotismo, que considera la vida como poca cosa comparada con la libertad.

Pero no debemos juzgar con demasiada dureza á los infelices naturales por haber cedido al

<sup>38</sup> "... emborrachábanse muy á menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traía á la voluntad hacían. Eran estos orejones muy soberbios y presuntuosos . . . Tenían otras muchas maldades que por ser muchas no las digo." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. Estos ramalazos del severo conquistador manifiestan una ignorancia demasiado crasa de las instituciones de aquel pueblo, para que merezcan mucha confianza en lo que tocan á su carácter.

torrente de la civilizacion europea. No debemos desconocer los importantes resultados positivos que consiguió el gobierno de los Incas. No debemos olvidar que bajo su dominio, el mas infeliz del pueblo gozaba mayor suma de bienestar personal, á lo menos mayor alivio de padecimientos físicos, que las mismas clases en otras naciones de América; mayor acaso que gozaban los individuos de su esfera en muchos de los países de la Europa feudal. Las clases privilegiadas del país hicieron bajo su gobierno grandes adelantos en muchas de las artes que distinguen á un pueblo culto. Echaron los cimientos de un gobierno regularizado, que en aquellos siglos de violencia procuró á sus súbditos los inestimables bienes de la paz y la seguridad. La constante política de los Incas fué sacando de sus guaridas á las tribus salvages de los bosques, y agregándolas á los dominios de la civilizacion; y con estos materiales formaron un floreciente y poderoso imperio, como no se encuentra otro en la dilatada estension del continente americano. Los defectos de su gobierno eran los de una legislacion demasiado sutil y complicadas; defectos que eran sin duda los que menos podia temerse encontrar entre los indígenas de América

---

NOTA.—No me ha parecido necesario alargar esta Introduccion entrando en un exámen del or-

gen de la civilizacion peruana, como el que acompañé á la historia de la civilizacion mexicana. La historia del Perú presenta sin duda muchas analogías con mas de una nacion del Oriente, de las que dejo apuntadas algunas; bien que las produzco no como pruebas evidentes de un origen común, sino porque son una muestra de las coincidencias que pueden resultar naturalmente entre diversas naciones que han llegado al mismo punto de civilizacion. Estas coincidencias no son ni tan numerosas ni tan notables como las que presenta la historia azteca. La que se encuentra en la astronomía de los Mejicanos vale por sí sola mas que todas las otras. Siguiendo hasta donde alcanza, la luz que nos prestan las analogías de las leyes de los Incas, las vemos dirigirse hácia el mismo rumbo; y como semejante averiguacion produciria muy pocas cosas que sirviesen para confirmar ó variar en algun punto sustancial el juicio formado en la anterior disertacion, no me ha parecido conveniente cansar con ella al lector.

---

Entre los escritores de que me he valido para formar esta Introduccion de mi obra, los dos mas distinguidos son Juan de Sarmiento, y el Licenciado Ondegardo. Del primero no he podido recoger otras noticias, fuera de las que se encuentran en sus propios escritos. En el encabeza-

miento de su manuscrito se titula Presidente del Consejo de Indias; empleo de grande importancia y que indica en la persona una gravedad de carácter y una oportunidad de adquirir noticias, que hacen dignas de grande confianza sus opiniones sobre asuntos de las colonias.

Sarmiento aumentó mucho sus conocimientos en estas materias con la visita que hizo á las colonias durante la administracion de Gasca. Habiendo formado el proyecto de escribir una historia de las antiguas leyes del Perú, fué al Cuzco en 1550, segun nos refiere, y allí obtuvo los materiales para su relacion de boca de los mismos naturales. Su posicion le permitia acudir á las fuentes mas auténticas, y recogió de los nobles Incas, los mas instruidos de la raza conquistada, las tradiciones relativas á sus leyes y á su historia nacional. Los quipos solo eran como un imperfecto arte mnemónico, segun ya hemos visto, muy inferior á los geroglíficos mejicanos, y que requería una dedicacion continua; únicamente por medio de ella podian ser de alguna utilidad para la historia; y el arte de descifrar estos nudos se vió con tal abandono despues de la conquista, que los antiguos anales del pais habrian perecido con la generacion única depositaria de ellos, á no haber sido por los esfuerzos de algunos hombres ilustrados, que, como Sarmiento, conocieron la importancia de comunicarse con

los naturales en aquel periodo crítico, para que revelasen el contenido de sus misteriosos anales.

Para dar mayor autenticidad á su obra, viajó Sarmiento por todo el pais, examinó con sus propios ojos los objetos mas interesantes, y así pudo verificar por sí mismo, hasta donde era posible, las noticias que le dieron los naturales. El resultado de sus trabajos fué la obra titulada: "Relacion de la sucesion y gobierno de los Ingas señores naturales que fueron de las Provincias del Perú, y otras cosas tocantes á aquel reino, por el Illmo. Señor Don Juan Sarmiento, Presidente del consejo Real de Indias."

Está la obra dividida en capítulos y comprende en el manuscrito cosa de cuatrocientas páginas en folio. La introduccion está ocupada con las historias tradicionales del origen y primeros reinados de los Incas, llenas como siempre sucede en las antigüedades de un pueblo bárbaro, de fábulas á cual mas extravagantes. Sin embargo, estas pueriles invenciones son una mina inagotable para los anticuarios, que se han empeñado en descifrar las oscuras alegorias que unos sacerdotes astutos han inventado para simbolizar los misterios de la creacion, que no alcanzaban á comprender. Pero Sarmiento se contenta por fortuna, con referir simplemente las fabulas tradicionales, sin tener la ridícula ambicion de explicarlas.

Desde estas regiones imaginarias desciende Sarmiento á tratar de la forma de gobierno de los Peruanos, de su antigua política, de su religion, de sus progresos en las artes, especialmente en la agricultura, y presenta una acabada pintura de la civilizacion á que habian llegado bajo la dinastia de los Incas. Esta parte de su obra, como descansa en las mejores autoridades, confirmadas en muchos puntos por sus propias observaciones, es sin duda importantísima, y está escrita al parecer con tanto respeto á la verdad, que inspira plena confianza al lector. La última parte del manuscrito está destinada á la historia civil del pais. Pasa con rapidez por los reinados de los primeros Incas, que quedan fuera de los estrechos dominios de la historia; pero es mas difuso al llegar á los tres últimos reyes, que por fortuna son los mayores príncipes que ocuparon el sòlio del Perú. Ya este era terreno firme para el cronista, comparativamente hablando, porque los sucesos eran demasiado recientes para estar desfigurados por las consejas del vulgo, que brotan en torno de cualquier acontecimiento de los tiempos antiguos. Su relacion termina al llegar á la invasion de los Españoles, porque segun Sarmiento, la historia de ésta podia quedar á cargo de sus contemporáneos que figuraron en ella; pero cuyo gusto y educacion no eran muy á propósito para explorar las antigüedades y organizacion social de los indígenas.

La obra de Sarmiento está escrita en un estilo claro y sencillo sin aquel prurito de flores retóricas tan comun en sus paisanos. Escribe de buena fé, y al mismo tiempo que hace cumplida justicia al mérito y capacidad de las razas conquistadas, habla con indignacion de las atrocidades de los Españoles y de las tendencias demoralizadoras de la conquista. Podria creerse, á la verdad, que forma una idea demasiado elevada de los progresos de la nacion bajo el gobierno de los Incas; y es probable, que admirado al descubrir en ella las huellas de una civilizacion primitiva, se prendó de su asunto, y por eso le vistió con colores demasiado vivos para los ojos de los Europeos. Pero esta es una falta casi recomendable de que no participaron mucho los bruscos conquistadores, que echaron por tierra cuanto hallaron establecido en el pais, y nada encontraron que admirar en él, como no fuese su oro. Debe convenirse ademas, que Sarmiento no trata de engañar al lector de modo alguno, y distingue lo que refiere de oídas de lo que vió por sí mismo, con mas cuidado que el mismo padre de la historia.

No se halla tampoco el historiador español de todo punto libre de la supersticion propia de su tiempo, y muchas veces le vemos atribuir á la intervencion inmediata de Satanás aquellos efectos que podian achacarse con igual fundamento

á la perversidad humana. Pero estas ideas eran comunes en aquel siglo y participaban de ellas los hombres mas sabios que en él florecieron; es pues, exigir demasiado de un hombre el pedirle que sea mas sábio que la generacion á que pertenece. Es bastante decir en elogio de Sarmiento, que en un siglo en que con tanta frecuencia andaba unida la supersticion al fanatismo, él parece haberse libertado de este contagio. Su corazon se condele de los desgraciados indígenas, y sin que brille en su lenguaje el entusiasmo religioso del misionero, revela el alma generosa de un filántropo que mira como á hermanos tanto á los conquistados como á los conquistadores.

A pesar de la importancia de la obra de Sarmiento por las noticias que proporciona del Perú en tiempo de los Incas, es muy poco conocida los historiadores la han consultado raras veces, y todavia permanece entre los manuscritos inéditos, que como diamantes en bruto duermen en os polvosos salones del Escorial.

El licenciado Polo de Ondegardo, que es el otro escritor de que hice mencion al principio, era un respetable jurista, cuyo nombre figura á menudo en los sucesos del Perú. No he podido averiguar en qué tiempo arribó por primera vez al país; pero ya estaba allí á la llegada de Gasca y se mantuvo en Lima durante la usurpacion de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda

trató de recoger las firmas de los vecinos para el instrumento en que se proclamaba la soberanía de su gefe, vemos á Ondegardo ponerse al frente de sus compañeros de profesion para resistir á sus pretensiones. A la llegada de Gasca, consintió en ser empleado en el ejército. Terminada la rebelion, fué nombrado corregidor de la Plata, y despues del Cuzco, en cuyo horífico puesto parece que se conservó muchos años. El ejercicio de sus funciones judiciales le puso en estrecha comunicacion con los Indios, y así tuvo una buena oportunidad de estudiar sus antiguas leyes y costumbres. Supo conducirse con tal prudencia y moderacion, que no solo ganó la confianza de sus paisanos, sino tambien la de los Indios; sin que el gobierno descuidase de aprovecharse de su larga esperiencia al dictar las medidas mas apropósito para la buena administracion de las colonias.

Las *Relaciones*, tantas veces citadas en esta historia, se escribieron á instancias de los vireyes: la primera va dirigida al Marqués de Cañete, en 1561, y la segunda, diez años despues, al conde de Nieva. Las dos juntas abultan tanto como el manuscrito de Sarmiento, y la segunda, escrita tanto tiempo despues de la primera, se resiente ya de la avanzada edad del autor, y es visible en ella el desorden y desaliño de la redaccion.

Como estos documentos están escritos en forma de respuestas á los interrogatorios formados por el gobierno, podria parecer que los asuntos que se tratan, no tendrán la variedad y estension que pudiera desear el historiador moderno. Las preguntas ciertamente, se refieren en lo principal, á las rentas, tributos, &c., en una palabra, á la administracion financiera de los Incas, y sobre estos puntos oscuros son mas circunstanciados los informes de Ondegardo. Pero la ilustrada curiosidad del gobierno abrazaba una esfera mas dilatada, y en las respuestas tenian que ir incluidas muchas noticias sobre la política interior de los Incas, sus leyes, costumbres sociales, religion, ciencias y artes, en una palabra sobre todos los elementos de la civilizacion. Las memorias de Ondegardo abrazan por tanto, todo el campo de las investigaciones de un historiador filósofo.

Al tratar estos diversos asuntos, descubre Ondegardo tanta sagacidad como erudicion. Nunca esquiva la discusion por difícil que sea, y si bien asienta sus conclusiones con cierto aire de modestia, desde luego se echa de ver que está bien persuadido de haber sacado sus informes de las fuentes mas auténticas. Lo fabuloso deja á un lado con desprecio; decide sobre el grado de probabilidad de los hechos que refiere, y donde no ha podido llegar hasta la evidencia, así lo

espone con la mayor buena fé. Lejos de dejarse arrebatado del entusiasmo como un misionero bien intencionado, pero crédulo, avanza con el paso mesurado y firme de un abogado, para quien no es desconocido el laberinto de los testimonios contradictorios y la inseguridad de la tradicion oral. Este modo circunspecto de proceder y la moderacion de sus juicios, le hacen digno de ser preferido, como autoridad, á la mayor parte de sus paisanos que han tratado de las antigüedades de los Indios.

Todos sus escritos respiran humanidad, la que se manifiesta mas particularmente en lo sensible que parece á las miserias de los infelices naturales, á cuya antigua civilizacion hace plena justicia hasta donde lo merece; denunciando al mismo tiempo, sin temor alguno, así como Sarmiento, los excesos de sus compatriotas, y confesando la negra mancha que han echado en el honor de su nacion. Pero al mismo tiempo que esta censura es el fundamento principal para condenar á los conquistadores, pues viene de boca de un Español como ellos, tambien prueba que la España producía en aquel siglo de violencia, hombres buenos y sábios que se negasen á formar causa comun con la licenciosa canalla que les rodeaba. Hay á la verdad, en estas mismas relaciones, pruebas bastantes de los incessantes esfuerzos del gobierno colonial, desde el

gobierno del buen virey Mendoza en adelante, para impartir proteccion y asegurar los bienes de una suave legislacion á los infelices naturales. Pero los endurecidos Conquistadores y los colonos, cuyo corazon solo el oro podia ablandar, eran un obstáculo casi insuperable á sus esfuerzos.

Los escritos de Ondegardo tienen la apreciable circunstancia de estar exentos de la supersticion que era el oprobioso patrimonio de aquellos tiempos: supersticion que consistia en la facilidad en creer lo maravilloso, sea que se tratase de historias de cristianos, ó de gentiles; pues que el ojo de la credulidad descubre tan pronto en las primeras la mano del Todopoderoso, como en las últimas la astucia de Satánas. Esta facilidad en admitir la intervencion de los espíritus, sean buenos ó malos, es uno de los caracteres que distinguen á los escritos del siglo XVI, y nada podia haber mas contrario al verdadero espíritu de las investigaciones filosóficas, ni menos conciliable con una crítica racional. Lejos de incurrir Ondegardo en esta debilidad, va derecho y sin detenerse á su asunto, estimando las cosas en lo que valen, por las sencillas reglas del sentido comun. Siempre conserva á la vista el principal fin de lo que va escribiendo, y no se permite, como los parleros crónistas de aquella época, el distraerse en una

multitud de episodios inconexos que confunden al lector, sin servirle para nada.

Las memorias de Ondegardo no solo tratan de las antigüedades del pais, sino de su condicion en la época en que escribia, y de los mejores medios de remediar los infinitos males que le affigian bajo el duro gobierno de sus conquistadores. Sus indicaciones están llenas de sabiduría, y aconseja una política suave que conciliase los intereses del gobierno con la prosperidad y bienestar del último de sus vasallos. De este modo, al mismo tiempo que sus indicaciones informaban á sus contemporáneos del estado actual de los negocios, el historiador moderno no le debe menos por sus noticias de los tiempos pasados. Herrera consultó con frecuencia su manuscrito, y cuando el lector recorre las páginas del erudito historiador de las Indias, está disfrutando, sin saberlo, los trabajos de Ondegardo. Sus apreciables *Relaciones* sirvieron de este modo para las generaciones futuras; aunque nunca han obtenido el honor de la impresion. La copia que poseo, así como la del manuscrito de Sarmiento, la debo al laborioso bibliógrafo Mr. Rich: ambas pertenecian á la magnífica colección del Lord Kingsborough; nombre que debe respetar siempre todo literato; por sus constantes esfuerzos para ilustrar las antigüedades de América.

Debe observarse que los manuscritos de Ondegardo, carecen de su firma; pero en ellos se encuentran alusiones á varios sucesos de la vida del escritor que no dejan duda de que á él deben atribuirse. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de la *Relacion Primera* (\*), aunque sin nombre de autor, lo mismo que la del Escorial. Muñoz la atribuye á Gabriel de Rojas, conquistador distinguido. Este es evidentemente un error, porque el autor del manuscrito declara ser el mismo Ondegardo, con decir, en su respuesta á la quinta pregunta, que él fué quien descubrió las momias de los Incas en el Cuzco; hecho que tanto Acosta como Garcilaso atribuyen al Licenciado Polo de Ondegardo, cuando fué corregidor de aquella ciudad. Si los Académicos de Madrid incluyesen en lo sucesivo estas *Relaciones* en su coleccion de manuscritos preciosos que están publicando, deben tener cuidado de no caer en este error, llevados de la autoridad de un crítico como Muñoz, que tan raras veces se equivoca en sus juicios.

(\*) Esta relacion ha sido publicada en francés por M. Ternaux en la coleccion titulada: "Nouvelles Annales des Voyages, de la géographie et de l'histoire," tom. 103.—T.

## LIBRO SEGUNDO.

### DESCUBRIMIENTO DEL PERU.